
La extraña muerte de Europa

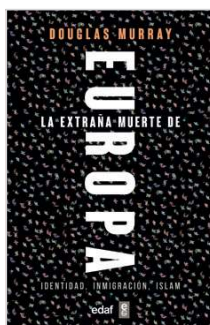
DOUGLAS MURRAY

Periodista y ensayista. Editor de *The Spectator*. Colabora en *The Sunday Times* y *The Wall Street Journal*. Autor de obras como *La masa enfurecida* (2020) y *La guerra contra Occidente* (2022), traducidas a más de veinte idiomas.

Avance

«La civilización que conocemos como Europa se encuentra camino del suicidio», afirma Douglas Murray. Se ha producido «la gran sustitución» debido a la caída de la natalidad en el viejo continente y a la llegada masiva de inmigrantes, singularmente musulmanes. El autor se hace eco de la advertencia del exsenador socialista Thilo Sarrazin. En su libro de 2010 *Deutschland schafft sich ab* («Alemania se abole a sí misma»), Sarrazin señalaba que la baja natalidad de los germanos y la inmigración musulmana estaban transformando la naturaleza y la fisonomía de la sociedad alemana. Murray pone otros ejemplos de la «gran sustitución»: en Londres solo el 44 por ciento de la población se considera ya «británico blanco»; en Austria se calcula que a mediados de este siglo la mayor parte de los menores de quince años serán musulmanes.

El proceso viene de lejos. Después de la Segunda Guerra Mundial, y ante la necesidad acuciante de mano de obra, los países de Europa occidental recurrieron a inmigrantes de sus antiguas colonias en África y Asia. En tres



Douglas Murray

*La extraña
muerte de
Europa*

Edaf, 2019

décadas, Gran Bretaña se llenó de pakistaníes e hindúes y Francia de argelinos, marroquíes y subsaharianos. Alemania atrajo trabajadores turcos. Con la globalización, se han producido otras dos grandes oleadas: la de 2011, con la Primavera Árabe, y la de 2015, con la llegada de refugiados procedentes de la guerra de Siria, sin contar con el flujo constante de migrantes subsaharianos por el Mediterráneo.

Murray se muestra muy crítico con la decisión de la canciller alemana Angela Merkel de acoger a un millón de refugiados sirios, pues «ni todos eran sirios, ni la mayoría eran refugiados, sino inmigrantes económicos», por no hablar de «delincuentes o terroristas» que se colaron en la avalancha, como se demostró posteriormente, según Murray. A la vista de los costes económicos, sociales y de seguridad, la propia Merkel reconoció que «había infravalorado la dimensión del reto».

Los gobiernos europeos justificaron las generosas políticas migratorias alegando que «los inmigrantes venían a pagarnos las pensiones». No fue este el caso del Reino Unido, objeta el autor, ya que según un informe de University College London los inmigrantes llegados entre 1995 y 2011 habían costado más de 100.000 millones de libras a los contribuyentes británicos. En líneas generales, añade Murray, los beneficios económicos de la inmigración favorecen casi únicamente a los propios migrantes, que disfrutan de unos servicios públicos por los que no han tenido que pagar. Además, no suele haber control de

los destinatarios de las ayudas estatales: el sospechoso de dirigir los atentados islamistas de París de 2015 recibía el subsidio de desempleo del Estado francés, con lo cual la sociedad europea se convertía en «la primera de la historia que pagara a criminales para que la atacaran», sentencia Murray.

No niega el autor las ventajas de las migraciones, pero considera que deben encauzarse por canales seguros y con criterios racionales. La falta de controles y la descoordinación entre las policías de los países propiciaron que sujetos peligrosos pudieran campar a sus anchas por toda Europa y cometieran atentados con un elevado balance de muertos y heridos. Lo ilustra con el caso del tunecino reclutado por el ISIS (sigla en inglés de Estado Islámico de Irak y Siria) que entró por Lampedusa. Este tunecino, en la Navidad de 2016 secuestró un furgón policial, liquidó al conductor y arrolló a una multitud en la calle berlinesa Kurfürstendamm, matando a doce personas.

El error de fondo de los gobernantes, según Murray, fue creer que funcionaría el multiculturalismo, y que sería posible la convivencia de dos cosmovisiones distintas: la occidental y la musulmana. No ha sido así, sino que la occidental ha entrado en «una era de autoabnegación», lo cual pone en peligro su futuro, como advirtieron, entre otros, Nicolas Sarkozy, Samuel P. Huntington y Oriana Fallaci. Europa «ha perdido el sentido religioso» y su herencia cultural (griega, romana y cristiana); y sufre un profundo complejo de culpa, que la lleva a creer que debe sufrir las consecuencias de su política migratoria «como expiación por sus errores históricos».

El complejo frente a la cultura islámica y el miedo a parecer racistas o xenófobos hizo que gobiernos y medios de comunicación minimizasen u ocultasen la falta de integración de los inmigrantes musulmanes, según el autor de *La extraña muerte de Europa*. Cita el caso de Holanda, cuyas autoridades otorgaron la residencia a cientos de miles de musulmanes sin esperar a que se integraran, pero retiraron la ciudadanía a la inmigrante somalí y exdiputada Ayan Hirsi Ali, por sus críticas al islam.

Ante la crisis migratoria cabían soluciones como las propuestas por los economistas Paul Collier y David Goodhart: que la Unión Europea ayudase económicamente a los países vecinos de Siria para acoger temporalmente a los migrantes; o que se procesasen las peticiones de asilo fuera de Europa, como se hizo en Australia, que recibía a los migrantes en centros de acogida en las islas de Papúa Nueva Guinea. Habrían sido medidas con menor coste social, político y económico, y sobre todo menos desestabilizadoras para el futuro y la identidad de Europa, opina Murray. **N R**

*Leer aquí el
artículo completo
de Alfonso
Basallo*

